

Observe el Director que hay varias especies de revelaciones: unas en que mueve Dios al alma á entender y á decir alguna verdad oculta, sin que ella conozca que Dios es quien la mueve. Hay otras en que Dios da al alma luz clara con que la asegura de la revelación, pero no le manifiesta su significado; y en otras, finalmente, se lo manifiesta. En estas últimas no hay engaño; en las otras está expuesta á grandes yerros. Sea, pues, el Director muy prudente y circunspecto cuando tenga que descifrar lo que ellas significan; y no permita á sus penitentes que pidan ó deseen revelaciones ó profecías; é inclínelos á caminar por las sendas de la revelación ó de la fe; mas si Dios los llevare por ese camino, use de mucha prudencia y no olvide las reglas que se han dado anteriormente. No se admitan las revelaciones en que el penitente asegura que Dios lo dispensa de algún voto ó ley eclesiástica, ó de la obediencia á su legítimo superior; ni aquellas en que se mandan cosas contrarias al propio estado; si no es que respecto de estas últimas, Dios manifieste su voluntad con señales tan claras que no haya lugar á la duda.

Observe el Director no sólo la voluntad de la persona, sino también su complexión natural, sus inclinaciones y aun su sexo. Desconfie de las personas de gran fantasía y de temperamento melancólico y de las que han perdido la salud con las penitencias. No sea fácil en creer las revelaciones de las mujeres; y cuando

haya que reprenderlas sea con moderación y caridad. Las revelaciones en los sueños son rarísimas y de muy difícil interpretación. Ordene el Director que no se haga caso de ellas y se borren de la memoria; si no es que hubiese señales manifiestas de que son de Dios. Por lo demás á nadie permita el pedir á Dios revelaciones; pues esto no puede excusarse de culpa venial tanto en el penitente como en el Confesor.

CAPITULO VIII

De las purificaciones del sentido y del espíritu.

Quede Dios conceder la contemplación infusa sin disposiciones de parte del sujeto ó con ellas. Conseguida del primer modo, no suele ser duradera y está expuesta á grandes peligros, si el que la recibe no procura adquirir las disposiciones que le faltan. De ordinario estas disposiciones preceden á la contemplación y consisten en apartar los impedimentos contrarios á ella y en adquirir las virtudes que son indispensables para esa gracia tan extraordinaria. Las disposiciones se adquieren por medio de las purificaciones pasivas, que consisten en las sequedades, tentaciones, tribulaciones y demás penas interiores que Dios manda sobre las almas que destina para la contemplación. Esos sufrimientos difieren en número y gravedad en cada alma que las recibe y se distinguen de otros

que padecen las almas piadosas generalmente hablando, en que aquellos son extraordinarios y señalados por Dios con una especial providencia, lo cual se conoce en lo que precede y acompaña á la purificación.

Las purificaciones del alma unas son activas y otras pasivas: las primeras consisten en los medios con que el alma, asistida de la gracia, procura disponerse para la contemplación: el desprecio del mundo, de sus placeres y de todo lo que no es de Dios Nuestro Señor. En amar la oración, el retiro, el silencio, la soledad y la guarda de los sentidos. En practicar la penitencia, la mortificación interior y el ejercicio de las virtudes.

Las purificaciones pasivas consisten en un agregado de grandes sequedades, de terribles tentaciones y de otros trabajos extraordinarios interiores y exteriores, con que Dios dispone á las almas con particular providencia al don de la contemplación. Estas purificaciones son enteramente necesarias por la grande santidad y perfección con que el alma debe presentarse á Dios en la contemplación. Se dividen en purificaciones pasivas del sentido y del espíritu; las primeras abarcan todas las penas de que hemos hablado, y que se ordenan á rendir y sujetar el apetito sensitivo al espíritu. Las purificaciones del espíritu consisten en un cúmulo de penas espirituales, ordenadas á hacer el espíritu semejante á Dios. Unas y otras se mezclan en una misma alma y se ayudan mu-

tuamente á fin de conseguir el objeto á que Dios las destina. El Director podrá, sin embargo, conocer en cuál de esas purificaciones está el alma de su penitente, observando cuáles son las penas que prevalecen en él y que habitualmente le tienen afligido, las del espíritu ó las del sentido; si no es que Dios quiera purificarlo á la vez con unas y con otras.

Ordinariamente al principio de la conversión de alguna alma sobre quien Dios tiene grandes designios, su Majestad la colma de dulzura y de consuelo, y de esta manera se vence fácilmente y practica la piedad cristiana con gran fervor, y cuando por medio de estos atractivos, el Señor la ha retirado del mundo y de sus afectos y ella está resuelta á servir á Dios con todas sus fuerzas, el Señor le quita todas las gracias sensibles dejándola en sequedad, para que empiece á servir á Dios, no por gusto, sino con dificultad y á gran costa suya, para que de esta suerte adquiera las grandes y sólidas virtudes. Por esto vemos que los consuelos sensibles no bastan para hacer á un alma espiritual y perfecta; y que para esto son indispensables las sequedades y amarguras que la despeguen de todos los objetos terrenos y la hagan obrar con sólida virtud. Y también es necesario que Dios le aplique otros medios penosísimos, permitiendo, v. g. que la atormenten los demonios en el cuerpo ó en el espíritu, ó por medio de las causas naturales ó de los hombres. Estos trabajos tendrán que durar hasta que el epiat-

to sensitivo se sujete al espíritu y se le deje con la quietud y serenidad que necesita para elevarse á la contemplación.

Es indispensable que esta purificación dure hasta que se obtenga la renovación del hombre interior. En los combates contra la soberbia, por ejemplo, las penalidades y contradicciones tendrán que durar hasta que el alma adquiriera una humildad profundísima, mediante la cual el alma tenga de sí un bajísimo concepto y se desprecie con sinceridad; y tenga sus delicias en las humillaciones y desprecios, y los busque con empeño á fin de imitar á Jesucristo Nuestro Señor. Esto mismo debe decirse respecto de las demás pasiones. Veamos ahora los medios de que Dios se sirve para realizar la purificación del sentido. Al principio infunde luz en la inteligencia y suaves afectos en el corazón; después quita Dios todo esto y vienen las tinieblas y la sequedad; pero al mismo tiempo infunde nueva luz más espiritual y más pura, con la cual puede contemplarle sin discurrir; pero al principio en nada de esto reflexiona; y sin embargo no retrocede del servicio divino sino que está más solícita en él, y se siente con mayor fervor para perseverar. Las señales para conocer cuando las sequedades y desconsuelos provienen de la purificación pasiva, son las siguientes: 1ª Si el alma que no encuentra gusto ni consuelo sensible en las cosas de Dios, tampoco lo busca en las del mundo. 2ª Si el alma seca y desolada no pierde la memoria de Dios,

sino que le busca entre las aflixiones del sentido y se esfuerza en ser fiel á Dios, y siente gran pena reflexionando en el peligro en que se halla de ofenderle. 3ª Si el alma que antes gozaba de consuelos en la meditación, está después impedida y como imposibilitada para el discurso.

Teniendo el Director estas señales conocerá que Dios envía las sequedades al alma de su penitente para purificarla y adelantarla en el espíritu. Mas para saber cuando todo esto lo encamina Dios al don de la contemplación obsérvese lo siguiente: 1º Si un alma antes de estar en la purificación recibe favores extraordinarios en la parte sensitiva, grandes dulzuras que casi no puede resistir, ó escucha locuciones interiores muy amorosas, Dios la llama probablemente para la contemplación. 2º Las sequedades que se dan á las personas no destinadas para la contemplación, no son tan largas ni tan rígidas, ni sus tinieblas son tan profundas, como las de las otras que llaman á la contemplación; y las sequedades de aquellas suelen estar interpoladas de grandes consuelos; cuando al contrario las otras sufren sequedad continua y rigurosa, y cuanto más adelantan, aumenta el desconsuelo, y este es sin interrupción y dura por largos años. 3º Si después de la sequedad el alma vuelve á sus discursos y afectos sensibles, Dios quiere dejarla en este estado; pero si se halla casi siempre estéril é insensible en los afectos, imposibilitada para el

discurso, y teniendo á veces alguna vista de Dios, simple, amorosa y quieta que recrea y fortalece su espíritu, mas no su sentido, Dios la destina á la contemplación.

Las purificaciones del sentido producen los más preciosos y delicados frutos para la vida eterna, como son los siguientes: la humildad que viene á combatir y desterrar la oculta soberbia que tal vez se ha engendrado en el corazón por la abundancia de los divinos dones. Dios al purificar el alma le retira esos dones; y ella al punto queda envuelta en tinieblas y se ve perseguida por todas partes; atormentada por terribles tentaciones; vienen sobre ella las persecuciones, las murmuraciones, los desprecios y las calumnias; y ella descubre su profunda miseria; y se desprecia y se tiene por una vilísima criatura; se avergüenza de sí misma y se hunde hasta el abismo de su nada.

La purificación produce también un gran respeto á la presencia de Dios y un temor reverencial y filial para con él. Tal vez los consuelos espirituales habían hecho al alma demasiado familiar para tratar con Dios; la sequedad y las tinieblas la contienen y la llenan de un santo temor que produce en ella la majestad de Dios.

El tercer fruto de la purificación consiste en desprender el alma de los gustos sensibles; que sirva á Dios no por su propio gusto sino porque Dios merece ser servido; y que obre el bien solamente por el amor á la virtud y siguiendo

la luz de la fe sin los atractivos de los consuelos sensibles; y usando de los dones de Dios, no poniendo en ellos nuestro afecto, sino sirviéndonos de los mismos para amar á Dios.

Otro de los frutos de estas sequedades y de todas las purificaciones del sentido, es el abatimiento y sujeción del apetito sensitivo al espíritu, á fin de que en éste reine la paz que es indispensable para la contemplación.

Producen también las sequedades de que hablamos la perfección del alma en la fe, la esperanza y la caridad. Cree únicamente porque lo dice la infalible verdad, sin ser ayudada por la dulzura de la devoción. Espera á pesar de todas las tentaciones y persecuciones y de no sentir los efectos de la divina bondad; sin embargo se abandona á ella con una confianza sin límites. Ama á Dios, aunque no sienta la dulzura del amor divino, sino al contrario amargura y desconsuelo, soledad y tinieblas. Las sequedades perfeccionan también las virtudes morales, como la paciencia, la mansedumbre, la longanimidad, y las demás que contribuyen á la perfección del alma; siempre que ella sea fiel á Dios en estas terribles pruebas del espíritu.

Aunque hemos dicho que en estas sequedades queda obscurecida la fantasía y perdido el discurso, esto indica la dificultad é imperfección con que ejercitan sus actos, mas no una entera impotencia para ellos. Ahora bien, si el alma que está en la sequedad no puede ya meditar, ordénele el Director que permanezca delan-

te de Dios y ponga en él su atención con paz y quietud interior, sin cuidarse de entender cosa alguna distinta: sin dirigirse con solicitud á este ó aquel afecto, sino con un acto de fe y con quietud amorosa. Si no puede tener esta atención de afecto, confórmese con la voluntad de Dios, ofrézcase á cumplirla hasta la muerte; reconozca su miseria, humíllese y aniquílese delante del Señor; y si esto no lo puede hacer con actos sensibles, hágalo con los del espíritu aun en medio de la mayor sequedad, y serán muy agradables á Dios, que por más que así le parezca nunca la ha de abandonar; y aunque lo esté en la parte inferior del sentido, no lo está en la superior del espíritu, en la cual quiere Dios adelantarlas mediante aquel abandono; y por esto mismo no debe dejar la oración haciendo en ella lo que pueda y combatiendo generosamente contra el sentido rebelde; y con esto será su mérito muy grande.

Las almas que se hallan en esta sequedad y que se portan en ella generosamente, no tienen que afligirse por la falta de consuelos; porque su mérito consiste en los actos de su voluntad, que serán de tanta mayor valía, cuanto sean mayores las dificultades que tenga que vencer.

Si estas almas se afligen porque tales sequedades son castigo de sus culpas, convenga en ello el Director, mas indíqueles que esto no debe inquietarlas, sino hacerlas humildes y rendidas al querer divino; que no tienen que turbarse pues Dios les manifiesta el amor que les tie-

ne castigándolas con tanta misericordia en esta vida: que no dejen sus oraciones ni penitencias ni la frecuencia de los sacramentos; que se ejerciten más y más en la conformidad con la voluntad de Dios; y que vigoricen siempre su esperanza con el pensamiento de la divina bondad.

El segundo medio de que se vale Dios para la purificación del sentido es el cerco ó sitio diabólico, que consiste en que uno ó muchos demonios por especial permiso de Dios, estén habitualmente al derredor de alguna persona para atormentarla de un modo extraordinario. Dios lo permite para que las almas que tiene destinadas á la contemplación eleven y purifiquen sus virtudes y se hagan dignas cuanto esté de su parte, de los dones excelsos que Dios les quiere comunicar.

Durante el cerco diabólico las personas que lo sufren son atormentadas en todos sus sentidos por los demonios: la vista con visiones horribles y espantosas y con representaciones deshonestas; el oído con grandes ruidos que las ensordecen y las llenan de espanto; con silbidos de serpientes, ó rugidos de leones, etc.; y les impiden oír las alabanzas de Dios ó su santa palabra.

En cuanto á la lengua y el paladar ensucíandoles los manjares; y otras veces apretándoles las quijadas para impedirles que alaben á Dios; en cuanto al cuerpo en general, golpeándole ó dándole de bofetadas, y causándole gravísimos

dolores, hasta donde llega el permiso del Señor.

También les impiden la oración y la frecuencia de los Sacramentos causándoles desmayos, grandes dolores de cabeza ó de los otros miembros; todo lo cual desaparece cuando ha pasado el tiempo de la oración y de los otros ejercicios devotos.

Si estas almas no dejan la oración procura inquietarlas en ella, con estrépitos, con apariciones espantosas y vistas impuras.

Con las almas que se hallan en estas circunstancias, pórtese el Director con mucha caridad; é infúndales una confianza sin límites en la bondad de Dios que no permitirá que sean tentadas más de lo que pueden resistir, y que hará que saquen gran provecho espiritual de sus tribulaciones: que llamen en su auxilio al Divino Redentor y á su Santísima Madre; que se pongan en manos de Dios, conformándose con su divina voluntad. Pueden usar los medios que tiene la Santa Iglesia para ahuyentar á los demonios, como invocar los Santísimos Nombres de Jesús y María, hacer la señal de la cruz y usar del agua bendita. Por lo demás no deben dejar en ese tiempo la oración, la comunión y demás ejercicios espirituales; y el Director para refrenar algún tanto la audacia de los demonios, use los exorcismos de la Iglesia.

Muchas veces las enfermedades y dolores que sufren estas personas vienen de causa natural y otras del cerco diabólico; esto último se cono-

cerá si cesan ó se alivian por medio de los exorcismos; en otro caso ocúrrase á los médicos.

El demonio no sólo fatiga á estas almas con los tormentos de que acabamos de hablar, sino con las más terribles tentaciones que pueden imaginarse. Quiere arrancarles la fe y les propone terribles argumentos contra Dios y la Santísima Virgen, contra los Sacramentos, y contra todo lo que la fe nos enseña. Les inspira horribles blasfemias y herejías y aun se las hace proferir sin que ellas lo consientan. El remedio en estos casos consiste en despreciar tales tentaciones y recurrir á Dios; mas no debe entrarse en argumentos con el demonio.

La esperanza y la caridad son combatidas proponiéndose á las almas la multitud de sus pecados y la terrible justicia de Dios; é inspirando contra su Majestad un odio abominable. Las almas deben abandonarse en las manos de Dios y decirle con Job: Aunque el Señor me dé la muerte, en El esperaré. No hay que entregarse á grandes affixiones, sino hacer actos contrarios con paz y serenidad; humillarse delante de Dios y conformarse con su voluntad, que permite tales tentaciones para su bien.

Combátense también en este estado las virtudes morales, por medio de la soberbia, de la ira, de la impureza, y de otros muchos vicios. Además el demonio quiere hacerles creer que han consentido en las tentaciones y que están en desgracia de Dios; las llena de escrúpulos, de perplejidades y de angustias. El remedio

para todo esto no es otro que la entera obediencia al Director: Procure que estén prontas á la defensa y con las armas en la mano; mostrándose tanto más generosas y constantes en rechazar los asaltos, cuanto fueren estos más persistentes y terribles. Anímelas el Director con la esperanza del triunfo, con la grande gloria que dan á Dios y el premio que obtendrán en el cielo. Que esas tentaciones les sirvan para humillarse y aniquilarse del todo delante de Dios y se pongan enteramente en sus manos. Por lo demás no sea fácil el Director en creer que tales almas caen con más facilidad durante este período de tentaciones; pues Dios las asiste con particular providencia; y el Director para ayudarlas á resistir trátelas con caridad de padre; y aunque tenga que reprenderlas por faltas ligeras, hágalo siempre con suavidad y dulzura. No las consuele señalándoles como próximo el fin de sus penas; ni con las suavidades de la contemplación á que Dios tal vez se digne llamarlas; dígales sí, que todo lo sufran por agradar á Dios, por satisfacer sus pecados y adquirir el cielo; ordéneles que le hablen con toda franqueza sin dejar ninguna cosa por comunicarle; y lleno de bondad, inspíreles toda confianza.

CAPITULO IX

Purificaciones del sentido. — Purificaciones del espíritu.

Otro de los medios de que Dios se sirve para purificar á sus siervos en la parte sensitiva, es la enfermedad corporal que les manda con una singular providencia; ó bien la pérdida de algún sentido ó de algún miembro.

Pertenece también á la purificación de que hablamos, la pérdida de los parientes más cercanos ó de los más queridos amigos. Asimismo, las murmuraciones y desprecios que los siervos de Dios tienen que sufrir, la infamia y aún los padecimientos corporales, como golpes, azotes, cárceles y otros varios. Estos sufrimientos son más sensibles cuando vienen de nuestros parientes ó domésticos, de los amigos, de los siervos de Dios y aun del mismo confesor.

A las personas que sufran tales padecimientos, el Director á fin de sostenerlas, exhórtelas á la paciencia, proponiéndoles por modelo á Jesucristo que padeció tantos dolores, y que fué injuriado, blasfemado y hecho el oprobio de los hombres. Aconséjeles que cuando sean calumniadas, si bien pueden disculparse con humildad y modestia cuando lo quiera la gloria de Dios; pero que no sean fáciles en ha-